

LAS
MEMORIAS
DE MAMÁ
BLANCA

Sobre las imágenes de la autora usadas en este libro:



Pg. 15: commons.wikipedia.org

Pg. 201: commons.wikipedia.org

Interior cubierta: google.images



editorial graviola

Portada e ilustraciones:

Laura Mejía-Posada

Primera edición: febrero 2022, Pamplona, España

www.editorialgraviola.com

editorialgraviola@gmail.com

ISBN: 978-84-122932-8-9

Depósito legal: DL NA 290-2022

LAS MEMORIAS DE MAMÁ BLANCA

Teresa de la Parra

editorial graviola

Colección:
Migrantes de antaño

ÍNDICE

.....

FUERZA Y PASIÓN DEL MESTIZAJE CULTURAL 2

LAS MEMORIAS DE MAMÁ BLANCA 15

DEDICATORIA 17

ADVERTENCIA 19

BLANCA NIEVES Y COMPAÑÍA 37

VIENEN VISITAS 47

MARÍA MONITOS 55

I 55

II 61

III 67

IV 71

AQUÍ ESTÁ PRIMO JUANCHO 81

I 81

II 88

III 93

IV 96

V 99

VICENTE COCHOCHO 107

I 107

II 113

III 118

IV 124

V 129

SE ACABÓ TRAPICHE 141

NUBE DE AGUA Y NUBE DE AGÜITA 153

I 153

II 160

III 166

AURORA 173

I 173

II 177

III 183

IV 187

LISTA DE LOS PRINCIPALES VENEZOLANISMOS Y
AMERICANISMO 197

FUERZA Y PASIÓN DEL MESTIZAJE CULTURAL

En el número 75bis de la distinguida Avenida Wagram, en pleno decimosexto distrito parisino, no hay nada que invite a pensar en Ana Teresa de la Parra Sanojo (1889-1938). Un establecimiento de sales de baño y jabones comparte la fachada de la planta baja del edificio con una tienda de pianos. No hay por ninguna parte rastros de una placa o una mención que señale que allí mismo, en esa elegante locación francesa, nació la escritora de *Las memorias de Mamá Blanca* (1929). Desafortunadamente, esa omisión no resulta nada extraña, pese a los loables empeños por tratar de rescatar su obra en las últimas décadas. El olvido en el que se ha sumergido Teresa de la Parra en su natal Europa contrasta con la importancia que ha adquirido su figura en Latinoamérica con el paso de los años. Tal descuido histórico debería dejar de serlo, puesto que nos encontramos ante una refinada escritura, dotada de una cuidadosa sensibilidad y un ejemplar manejo del lenguaje. Su voz nos trasporta al decimonónico mundo hispanoamericano, que navega entre las aguas de sus culturas originarias, el legado español y la influencia norteamericana del momento.

Teresa de la Parra afronta la problemática de su tiempo desde la rica y fecunda formación cosmopolita que tuvo desde niña. Hija de un diplomático venezolano, tuvo la oportunidad de viajar constantemente entre Europa y América. Al poco tiempo de nacer, se trasladó a los cañaduzales de la suntuosa finca familiar en territorio venezolano. Cumplidos los ocho años, y tras la muerte de su padre, regresó a Europa para continuar su formación escolar en Valencia, España, donde residió hasta que cumplió la mayoría de edad. Ya para entonces, el contacto con la realidad finisecular a ambos lados del Atlántico le permitió a Teresas de la Parra comprender las dinámicas sociopolíticas de un mundo cambiante, en que las aristocráticas costumbres de su formación infantil tambaleaban ante los aires revolucionarios impulsados por las corrientes de pensamiento bolcheviques, anarquistas y nacionalistas.

Durante su adolescencia en la costa valenciana, a finales del siglo XIX, Teresa de la Parra estuvo en contacto directo con el ambiente catastrofista que se ceñía sobre el pueblo español, tras la pérdida definitiva de las posesiones de ultramar en Filipinas, Cuba y Puerto Rico. Más allá del menoscabo territorial, y la consecuente debacle económica, el denominado Desastre del 98 llenó de pesimismo a la sociedad española. Determinados por esas condiciones socioculturales, los principales intelectuales de la época, entre quienes podemos señalar a personajes de la talla de Miguel de Unamuno, Valle-Inclán, Antonio Machado, Pío Baroja o Azorín centraron sus reflexiones literarias fundamentalmente en torno al sentido de la vida y la muerte, así como el paso del tiempo. Miembros de la conocida como Generación del 98 expusieron sus planteamientos con un renovado manejo del lenguaje que abocaba por la sen-

cillez, el abandono del barroquismo en las formas y la innovación en las construcciones narrativas.

Todas las referidas características literarias y culturales de la novela y la poesía española de finales de siglo influyeron directamente en la vida y obra de Teresa de la Parra, tal como podemos apreciar en la novela que procede a este prólogo. Se destaca, en primer término, la evocación de la infancia como un territorio de inocencia, seguridad y alegría. Esa glosa memorística se enmarca en un contexto de abnegación y poder femenino, dentro de la sociedad de su época, que Teresa de la Parra pone en práctica, a su vez, destacándose como una mujer independiente y moderna para su tiempo.

Asimismo, *Las memorias de Mamá Blanca* nos plantea la necesidad de recuperar, dentro del cuadro de costumbres descrito, la relevancia de los valores universales como ejes vertebradores de la sociedad. La sensibilidad de la obra de Teresa de la Parra, lejos de ofrecer un retrato típicamente aristocrático, nos plantea un diálogo entre los diferentes estamentos sociales que se entrelazan en las vivencias de la hacienda Piedra Azul donde, por ejemplo, la transparencia moral es representada por la inocencia y sinceridad de los más humildes. El mundo que vemos está marcado por un mestizaje criollo del que siempre se sintió muy orgullosa la propia autora. Para ella, migrante latinoamericana desde su nacimiento, mujer de amplias lecturas e incontables viajes, poner en alza su naturaleza hispanoamericana —en la que confluye la herencia cultural y religiosa española con el carácter americano— no era más que valorar como factores incluyentes los legados históricos de ambos continentes.

Ahora bien, en cuanto a la construcción literaria se refiere, vemos planteada en la novela la pulsión noventa-yochista de emplear un lenguaje mucho más sencillo y de fácil comprensión. El que podría verse como un

lenguaje poético, no es más que una narrativa romántica, de tono evocador, que alude a los recuerdos más queridos, no como idealización, como ya se señaló, sino como resguardo moral y sentimental ante los tiempos convulsos de la actualidad. El carácter solitario y recatado de la propia Teresa de la Parra se ve plasmado en una novela donde los silencios y las miradas se sienten a través de las palabras y donde la timidez, los sobreentendidos, la espera y la melancolía sobrevuelan todo un texto que se construye mediante el recurso intradiegtico de dos narradores ficticios.

En un principio se creyó, amparándose en la biografía de la propia autora, que la novela de *Las memorias de Mamá Blanca* más que una ficción se trataba de una reconstrucción fidedigna de los días de Teresa de la Parra al lado de la acaudalada señora Emilia Ibarra de Barrios, luego de regresar al Venezuela, una vez terminados sus estudios escolares en Valencia, España. Bien es cierto que Ibarra de Barrios acogió a de la Parra en su amplia hacienda de Macuto, al norte de Caracas, y que allí gozó la escritora del sosiego y la paz necesaria para sumergirse en la lectura, pasión que la unió siempre con su anfitriona. No obstante, lo que vemos en la novela dista de ser una recopilación testimonial. Como es habitual en los relatos de ficción, la realidad aporta la inspiración que luego de la Parra transforma en la vida de las seis hermanas que conviven en Piedra Azul. Sus días al lado de Ibarra de Barrios, por el contrario, los dedicó la autora francovenezolana a escribir *Ifigenia: Diario de una señorita que escribió porque se fastidiaba* (1924), la novela con la que se dio a conocer en vida y gracias a la cual regresó a Europa, ya entrada la década de los años veinte del siglo XX.

Entre 1926 y 1927, radicada de nuevo en París, Teresa de la Parra se dio a la tarea de escribir *Las memorias*

de Mamá Blanca. El éxito de su citada *Ifigenia* le permitió entrar en los círculos artísticos y literarios necesarios para franquear las puertas de los principales editores europeos. Por tal razón, la publicación de *Las memorias de Mamá Blanca* fue prácticamente simultánea en español y francés, a lo largo de 1929. Desde entonces, y ya con renombre internacional, de la Parra se dedicó a viajar por Latinoamérica para participar de diversos congresos y conferencias, en las que se caracterizó por centrar el tema de sus charlas en la labor de la mujer hispanoamericana durante la época virreinal, colonial y republicana.

Ana Teresa de la Parra Sanojo murió el 23 de abril de 1936, aquejada por una tuberculosis que buscó tratar en diversos balnearios europeos, en un Madrid al que le esperaba, al igual que al resto de España, a la vuelta de un par de meses, el inicio de una cruenta Guerra Civil. Su innovadora voz, plasmada tanto en *Ifigenia* como en la novela *Las memorias de Mamá Blanca*, que se ofrece a continuación, ha permanecido mucho tiempo silenciada por el olvido y la desmemoria. Sea esta la oportunidad de volver a una escritora que nos demostró que la migración no es solo adaptación y costumbre, sino enriquecimiento cultural y humano.

Juan Pablo Rodríguez Méndez



**LAS MEMORIAS DE
MAMA BLANCA**

DEDICATORIA

A ti, que, al igual que Mamá Blanca, reinaste dulcemente en una hacienda de caña, donde al impulso de tu mano llamaba a los peones la campana para la misa del domingo, subía en espirales de oración a la hora del angelus sobre el canto de los grillos y el parpadeo de los cocuyos el humo santo de la molienda en el torreón y te dibujas allá, entre la niebla de mis primeros recuerdos, lejana y piadosa, apacentando cabezas sobre un fondo de campo, como la imagen de la donadora en el retablo de algún primitivo.



ADVERTENCIA

Mamá Blanca, quien me legó al morir suaves recuerdos y unos quinientos pliegos de papel de hilo surcados por su fina y temblorosa letra inglesa, no tenía el menor parentesco conmigo. Escritos hacia el final de su vida, aquellos pliegos, que conservo con ternura, tienen la santa sencillez monótona que preside las horas en la existencia doméstica, y al igual que un libro rústico y voluminoso, se hallan unidos por el lomo con un estrecho cordón de seda, cuyo color, tanto el tiempo como el roce de mis manos sobre las huellas de las manos ausentes, han desteñido ya.

A falta de todo parentesco uníanme estrechamente a Mamá Blanca misteriosas afinidades espirituales, aquellas que en el comercio de las almas tejen la trama más o menos duradera de la simpatía, la amistad o el amor, que son distintos grados dentro del mismo placer supremo de comprenderse. Su nombre, Mamá Blanca, era, en el fervor de mis labios extraños, la expresión que mejor convenía a su vejez generosa y sonriente. Hábilaselo dado al romper a hablar el mayor de sus nietos. Como los niños y el pueblo, por su ignorancia o desdén de las abstracciones, poseen la ciencia de acordar las cosas con la vida, saben animar de sentido las palabras y son los únicos capaces de reformar el idioma, el nombre que describía a un tiempo la blancura del cabello y la indulgencia del alma fue cundiendo en derredor

con tal naturalidad que Mamá Blanca acabaron diciendo personas de toda edad, sexo y condición, pues no era nada extraño el que al llegar a la puerta, una pobre con su cesta de mendrugos, o un vendedor ambulante con su caja de quincalla, luego de llamar: toc, toc, y de anunciar asomando al patio la cabeza: “¡Gente de paz!”, preguntasen familiarmente a la sirvienta vieja, que llegaba a atender, si se podía hablar un momento con la señora Mamá Blanca.

Aquella puerta, que, casi siempre entornada, parecía sonreír a la calle desde el fondo del zaguán, fue un constante reflejo de su trato hospitalario, una muestra natural de su amor a los humildes, un amable vestigio de la edad fraternal sin timbres ni llave inglesa, y fue también la causa o circunstancia de donde arrancó nuestro mutuo, gran afecto.

Conocí a Mamá Blanca mucho tiempo antes de su muerte, cuando ella no tenía aún setenta años ni yo doce. Trabamos amistad, como ocurre en los cuentos, preguntándonos los nombres desde lejos, amortiguadas las voces por el rumor del agua que cantaba y se reía al caer sobre el follaje. Iba yo jugueteando por el barrio y de pronto, como se me viniese a la idea curiosear en una casa silenciosa y vieja, penetré en el zaguán, empujé la puerta tosca de aldabón y barrotes de madera, pasé la cabeza por entre las dos hojas y me di a contemplar los cuadros, las mecedoras, los objetos y en el centro del patio un corro de macetas, con helechos y novios que, subidos al brocal de la pila, se estremecían de contento azotados por la lluvia de un humilde surtidor de hierro. Allá, más lejos aún, en el cuadro de una ventana abierta, dentro de su comedor, la dueña de la casa con cabeza de nieve y bata blanca, se tomaba poco a poco una taza de chocolate mojando en ella plantillas y bizcochuelos. Hacía rato que la contemplaba así, como a la madrina

de las macetas y del surtidor, cuando ella, volviendo los ojos, descubrió mi cabeza que pasaba la puerta. Al punto sorprendida y sonriente, me gritó cariñosa desde su mesa:

—¡Ajá, muy bien, muy bien! ¡Averiguando la vida ajena, como los merodeadores y los pajaritos que se meten en el cuarto sin permiso de nadie! ¡No te vayas y dime cómo te llamas, muchachita bonita y curiosa!

Yo le grité mi nombre varias veces hasta que llegó a oírlo y ella, como tenía el alma jovial ante lo inesperado y le gustaba el sabor de las pequeñas aventuras, volvió a gritar en el mismo tono y con la misma sonrisa:

—¡Yo me llamo Mamá Blanca! ¡No te vayas, no te vayas, ven acá, pasa adelante, ven a hacerme una visita y a comerte conmigo una tajada de torta de bizcochuelo!

Desde mi primera ojeada de inspección había comprobado que aquella casa de limpieza fragante florecía por todos lados en raídos y desportillados, cosa que me inspiró una dulce confianza. La jovialidad de su dueña acabó de tranquilizarme. Por ello, al sentirme descubierta e interpelada, en lugar de echar a correr a galope tendido como perro cogido en falta, accedí primero a gritar mi nombre, y después, con mucha naturalidad, pasé adelante.

Sentadas frente por frente en la mesa grande, comiendo bizcochuelo y mordisqueando plantillas, dialogamos un buen rato. Me contó que en su infancia había travesado mucho con mi abuelo, sus hermanos y hermanas por haber sido vecinos muchos años, pero en otro barrio y en unos tiempos que ya se iban quedando tan lejos, ¡tan relejos!... Me encontró parecidos con personas ya muertas, y como yo, por decir algo, le refiriese que en mi casa teníamos muchas rosas y el loro Sebastián, que sabía gritar los nombres de todo el

mundo, me llevó para que conociese en detalle su patio y su corral, donde también había rosas; pero en lugar de Sebastián, ejércitos de hormigones, ¡ayayay!, que acababan con las flores.

Nacida en una hacienda de caña con trapiche y oficinas de beneficiar café, Mamá Blanca conocía a tal punto los secretos y escondites de la vida agreste que, al igual que su hermano Juan de la Fontaine, interrogaba o hacía dialogar con ingenio y donaire flores, sapos y mariposas. Enseñándome patio y corral me fue diciendo:

—Mira, estas margaritas son unas niñas coquetas que les gusta presumir y que las vean con su vestido de baile bien escotado... Las violeticas de esta canastilla del patio viven tristes porque son pobres y no tienen novio ni vestidos con que asomarse a la ventana; no salen sino en Semana Santa, descalzas, con la sayita morada a cumplir su promesa como los nazarenos. Aquellas señoritas flores de mayo son millonarias, allá van en su coche de lujo, y no saben de las cosas de la tierra sino por los



cuentos que les llevan las abejas que las adulan porque viven a costa de ellas.

Y así fue como, saciada por entero mi curiosidad entre violetas y margaritas, bizcochuelos y plantillas, Mamá Blanca y yo nos fuimos corriendo de la mano, camino de nuestra gran amistad. A partir de aquella tarde, bajo el menor pretexto salía de mi casa, volteaba a todo correr la esquina, penetraba en el zaguán amigo y comenzaba a gritar alegremente como quien participa una estupenda noticia:

—¡Aquí estoy yo, Mamá Blanca, Mamá Blanquita, que estoy yo aquí!

Nadie comprendía que a mi edad se pudiesen pasar tan largos ratos en compañía de una señora que bien podía ser mi bisabuela. Como de costumbre, la gente juzgaba apoyándose en burdas apariencias. Aquella alma sobre la cual habían pasado setenta años era tan impermeable a la experiencia que conservaba intactas, sin la molesta inquietud, todas las frescuras de la adolescencia, y, junto a ellas, la santa necesidad del árbol frutal que se cubre de dones para ofrendarlos maduros por la gracia del cielo. Su trato, como la oración en labios de los místicos, sabía descubrirme horizontes infinitos e iba satisfaciendo ansias misteriosas de mi espíritu. No creo, por lo tanto, exagerar al decir no sólo que la quería, sino que la amaba y que como en todo amor bien entendido, en su principio y en su fin, me buscaba a mí misma. Para mis pocos años, aquella larga existencia fraternal, en la cual se encerraban aventuras de viajes, guerras, tristezas, alegrías, prosperidades y decadencias, era como un museo impregnado de gracia melancólica, donde podía contemplar a mi sabor todas las divinas emociones que la vida, por previsión bondadosa, no había querido darme todavía, bien que a menudo, por divertirse quizás con mi impaciencia, me

las mostrase desde lejos sonriendo y guiñando los ojos maliciosamente. Yo no sabía aún que, a la inversa de los poderosos y los ricos de este mundo, la vida es espléndida no por lo que da, sino por lo que promete. Sus numerosas promesas no cumplidas me llenaban entonces el alma de un regocijo incierto. Sin sospecharlo me iba a buscarlo a todas horas en la paz de los paisajes campesinos, en los ratos propicios en que florece el ensueño, en el mundo indefinido de la música o los versos y en el encanto que emana dulcemente de las cosas e historias de otros tiempos. Como Mamá Blanca poseía el don precioso de evocar narrando y tenía el alma desordenada y panteísta de los artistas sin profesión, su trato me conducía fácilmente por amenas peregrinaciones sentimentales. En una palabra: Mamá Blanca me divertía. He ahí la razón poderosa por lo egoísta de mi apego y continuas visitas.

Con sus pobres dedos temblorosos y sin mayor escuela, tocaba el piano con intuición maravillosa. A los pocos días de habernos hecho amigas, emprendió el largo, cotidiano obsequio de darme lecciones, sentadas las dos todas las tardes ante su piano viejo. Después de las clases, merendando juntas, solía decirme a guisa de otro gentil regalo:

—Siempre le pedí a Dios que entre los hijos me mandara siquiera una sola hijita. Como es terco y le gusta hacer milagros cuando no lo molestan, me la mandó ahora: a los setenta años.

Debo advertir que Mamá Blanca, cuyo amor maternal, traspasando los límites de su casa y su familia, se extendía sin excepción sobre todo lo amable: personas, animales o cosas, vivía sola como un ermitaño y era pobre como los poetas y las ratas. A la muerte de su marido se había dado a malgastar su fortuna realizando los más perseverantes y lamentables negocios de bolsa.

Su amor a cierto fausto magnífico y futuro, dentro del cual, entre damascos y púrpuras, repartía dádivas a manos llenas como frutos cosechados sin esfuerzo en una tierra de promisión, la había impulsado a ello. De modo que si sus especulaciones fallidas no le dieron nunca a probar el sabor de la riqueza, que es deslavazado y fértil en desencantos, le regalaron, en cambio, generosamente, por virtud bendita de la imaginación, la parte verdaderamente esplendorosa, la del ideal, la misma que en el evangelio se apresuró a tomar María. Ahora, en su pobreza, fiel a su gentil vicio, jugaba a la lotería.

Sus hijos se condolían de tanto aislamiento dentro de tanta estrechez e insistían para que fuese a habitar al lado de uno u otro en sus cómodas y más o menos bien decoradas casas. Mamá Blanca respondía obstinadamente:

—¡Los viejos estorban! Cuando quieran verme, vengán todos a todas horas: ahí tienen mi puerta de zaguán, que, como buena puerta de pobre, siempre está abierta.

“Los viejos estorban” era un subterfugio. Su abnegación maternal, siempre alerta para acudir a reclamar la mitad de cualquier tristeza o contratiempo, no había logrado anular en ella su sagrado horror por todo aquello que significase vulgaridad. Me refiero especialmente a la vulgaridad del alma. Las nueras de Mamá Blanca, muy unidas entre sí, gracias a la necesidad absoluta de vivir rivalizando, educadas casi todas en Europa, hablaban bien varios idiomas, viajaban mucho, hacían *sport*, no se vestían mal, cifraban su honor en el brillo más o menos deslumbrante de sus relaciones y se avergonzaban con discreción de aquella suegra que vivía en una casa con pisos de ladrillo, junto a una vieja sirvienta mal vestida y que, por otro lado, ni era inteligente, ni era instruida. Mamá Blanca, cuyos ruidosos fracasos en todo lo que representase éxito material le habían con-

quistado aquella sólida reputación de poca inteligencia, atrincheraba tras su pobrecito francés aprendido en Olendorff, el más estupendo temperamento de artista y una exquisita, sutil inteligencia, que, más aún que en los libros, se había nutrido en la naturaleza y en el saborear cotidiano de la vida. Estas eran las causas por las cuales, con amable ironía ante el peligro de sus nueras, había sabido encerrarse en su casa de ladrillos y en su torre de marfil: “los viejos estorban”.

Sus hermosos ojos negros, que en el marco del rostro tan gentilmente marchito no perdieron nunca el fuego de la juventud, brillaban a menudo con chispazos de malicia, y sus palabras, que eran armoniosas tanto por la musicalidad del tono cuanto por la gracia infinita del pensamiento, mezclaban con sazónada medida la ternura a la ironía.

Se burlaba afectuosamente de todo porque su alma sabía que la bondad y la alegría son el azúcar y la sal indispensables para aderezar la vida. A cada cosa le ponía sus dos granitos.

Yo creo que jamás reina ninguna llevó su manto de brocado y de armiño con la noble soltura con que Mamá Blanca llevaba su pobreza. Aseguraba que había aprendido tal arte en su más tierna infancia y en el ejemplo de un viejo pariente a quien llamaba Primo Juancho. Siempre pulcra, su amor a todo lo que fuese placer de la vista la inducía a disimular con multitud de ardidés, en muebles y en objetos, las injurias del uso o de los accidentes, para luego, cuando viniese el caso, descubrir el engaño por medio de una frase salpicada de ingenio.

Un día, como se le rompiese en forma irremediable y muy visible un jarrón de porcelana antigua que servía de envase a una de sus plantas preferidas, cubrió

la parte superior, que era la maltrecha, atando en contorno y como mejor pudo un pañuelo de seda escocesa. Luego, alejándose unos pasos, contempló y comentó el desierto de su trabajo interrogando al jarrón con gran dulzura:

—Pobre viejo: ¿Tienes dolor de cabeza?

El jarrón, en efecto, adquirió para siempre un aspecto humano de humilde y cómica resignación.

Llena de fe cristiana, trataba a Dios con una familiaridad digna de aquellos artífices de los primeros siglos de la Iglesia, quienes rebosantes de celo, para bien demostrar a los fieles la Ira Santa y la Sagrada Justicia del Señor, no vacilaban en tallarlo en piedra tirándose de las barbas o arrojando a Adán del Paraíso por medio de un acertado puntapié. Pero el Dios de Mamá Blanca no se indignaba nunca ni era capaz del menor acto de violencia. A menudo sordo, siempre distraído, presidía sin majestad un cielo alegre, lleno de flores, en el cual todo el mundo lograba pasar adelante por poco que le argumentasen o le llamasen la atención haciéndole señas cariñosas desde la puerta de entrada.

La música fue siempre la gran pasión de su vida. Cuando sentada al piano lograba apresar entre sus dedos la corriente de comunión divina que une al compositor con el ejecutante, al igual que los santos en éxtasis, se alejaba de la Tierra y se transfiguraba. En tales momentos, la realidad, por apremiante que fuera, no existía.

Una vez, hallándose perdida y feliz en el sutil laberinto de un Claro de Luna, de Beethoven, vinieron a avisarle que un individuo, de quien era acreedora, después de continuas diligencias y demandas realizadas por sus hijos, llegaba finalmente a saldar su deuda, entregando el dinero en propias manos. Al oír el anuncio lanzado por la vieja sirvienta desde el umbral de la sala,

Mamá Blanca volvió apenas la cabeza y respondió con una severidad sólo empleada en tales casos:

—He dicho ya mil veces que no me molesten nunca, bajo ningún pretexto, cuando estoy en el piano.

—Dice que... —iba a replicar la sirvienta.

—Dice ¡nada! —interrumpió Mamá Blanca—, que vuelva otro día.

Y siguió vagando dichosa por su etérico laberinto, bajo la luna. Inútil es advertir que el deudor renuente no volvió jamás y que Mamá Blanca, ya de regreso a la Tierra, deploró mucho tiempo, casi entre lágrimas, semejante coincidencia.

Los achaques de su piano, cuyas cuerdas gastadas se resistían de tiempo en tiempo a sonar como es debido, la hacían sonreír de indulgencia en atención a tan larga fidelidad herida por fin de decadencia. Sus propias deficiencias la llenaban de un suave desencanto que florecía en consejos si, dado el caso, yo me hallaba sentada a su lado. En tal circunstancia, cesaba la pieza comenzada, se quitaba los anteojos, apoyaba los codos en el teclado, cruzaba sus manos salpicadas por las manchas del tiempo y me decía en voz de confianza, señalando con los ojos el nombre del compositor, en el libro abierto sobre el piano:

—¿Tú ves? Yo hubiera llegado hasta él porque lo comprendo, pero no lo alcanzo. Estos dedos viejos no me ayudan ni me ayudaron nunca, porque en mi tiempo, hijita, no se usaba aprender con fundamento. Aprende, aprende tú para que gobiernes en las notas, no vengan ellas a gobernarte a ti. Óyelo bien y no lo olvides: este es el único mando que da ventajas y no deja remordimientos ni busca enemigos.

¡Sí! Tú hubieras gobernado en las notas y en otros muchos reinos que no son de este mundo, Mamá Blanca,

porque tú tenías genio, nadie lo sospechó nunca, y fue sin duda esa ignorancia de la opinión ajena la que purificó tu alma del más leve soplo de vulgaridad, como un nuevo bautismo de belleza y de gracia.

Una mañanita de abril, muy temprano, como quien se marcha a una excursión campestre, ante el suave concierto que formaban juntos el surtidor de la pila y el piar de los pajaritos saltando sobre el alero, sin dolor ni quejas, Mamá Blanca se fue dulcemente camino de aquel cielo que durante la vida había tenido el buen cuidado de arreglar a su gusto: ¡tan propicio a la íntima alegría! Ya dormida, sus ojos entreabiertos por una inmóvil sonrisa, cantaban a lo lejos en el coro de los Bienaventurados. Cuando el ataúd, ligero y florido como su espíritu, pasó sin dificultad por la puerta del zaguán, el ángulo final que se ofreció a la vista pareció exclamar desde la altura dirigiéndose a todos los de adentro:

—¡Adiós, hasta después, y dispensen la molestia!

Como tanto me lo había recomendado, una vez ya ausente me apresuré a reclamar cierto manuscrito misterioso que se hallaba dentro de su armario y en el cual, durante su vida y sus ratos perdidos, solía trabajar clandestinamente, como el niño que juega con objetos destinados a más graves empleos. Sabiendo de antemano que estaría yo siempre de buen grado a la sombra de su espíritu, me había dicho repetidas veces:

—Ya sabes, esto es para ti. Dedicado a mis hijos y nietos, presiento que de heredarlo sonreirían con ternura diciendo: “Cosas de Mamá Blanca”, y ni siquiera lo hojearían. Escrito, pues, para ellos, te lo legaré a ti. Léelo si quieres, pero no lo enseñes a nadie. Me dolía tanto que mis muertos se volvieran a morir conmigo que se me ocurrió la idea de encerrarlos aquí.



Este es el retrato de mi memoria. Lo dejo entre tus manos. Guárdalo con mi recuerdo algunos años más.

Y guardado, en efecto, han pasado por él varios años.

Siendo indiscreción tan en boga la de publicar Memorias y Biografías cortando aquí, añadiendo allá, según el capricho de biógrafos y editores, no he podido resistir más tiempo a la corriente de mi época y he emprendido la tarea fácil y destructora de ordenar las primeras cien páginas de estas Memorias, que Mamá Blanca llamó “retrato de mi memoria”, a fin de darlas a la publicidad. Como se ha visto, quien las escribió sólo fue célebre ante el afecto conmovido de mi alma. Estas es, sin duda, la única originalidad que ofrecen sobre las demás. Mientras las disponía, he sentido la mirada del público lector, fija continuamente sobre mí, como el ojo del Señor sobre Caín. No es de extrañar que, perdida su primera frescura, hayan adquirido ya una pretensión helada y simétrica, condición fatal que rige casi todo escrito destinado a la imprenta. Queriendo condensar y aspirando a corregir, he realizado una siega funesta. Como bandada de mariposas perseguidas, las frases originales han dejado sobre las viejas páginas sus pintadas alas: las alas de la vida. En el nuevo manuscrito son muy pocas las que vuelan todavía. Sin ejercer como yo la profesión de las letras, Mamá Blanca escribía con el gracioso abandono de esos autores cuyas hojas de libro corren ligeras sobre los años y nunca se marchitan. Tal observación la había hecho ya más de una vez leyendo sencillas cartas de personas que jamás aspiraron a entrar en el templo solemne de la literatura, por lo cual he deducido con melancolía que esta necesidad imperiosa de firmar un libro no es hierba que nos brota por la fuerza del talento, sino quizá, quizá, por la debilidad del espíritu crítico. Sé de antemano que la mayoría de mis colegas y lectores contemporáneos no

han de reprocharme la poda hecha en terrenos de naturalidad y limpidez, sino acaso por lo que encierra de incompleta. Sensible a la aprobación, tal seguridad me regocija. En nuestros días, el ingenio alerta suele realizar en la sombra, entre formas desapacibles y a espaldas de la naturaleza, obras de un esplendor hermético. Para llegar hasta ellas, es preciso forcejear mucho tiempo, hasta abrir siete puertas con siete llaves de oro. Cuando se logra penetrar en el último recinto, se contempla con extenuación un punto interrogante velado y suspendido en el vacío. Por lo que me atañe, puedo asegurar, con la dulce satisfacción del deber cumplido, que he llevado siempre a exposiciones cubistas y a antologías dadaístas, un alma vestida de humildad y sedienta de fe: lo mismo que en las sesiones espíritas, no he visto ni oído a mi alrededor sino la oscuridad y el silencio.

La escuela de lo hermético, unida a la falta de tiempo, condición que gobierna todas las horas de nuestros días, ha logrado colocar los placeres del espíritu y las sonrisas de la idea al alcance de nadie. Creo que por medio de esta alianza, combinada con la multiplicación de las máquinas, se inicia la etapa final de nuestra Redención, que consiste, a mi entender, en matar el pensamiento con la fuerza hercúlea del pensamiento. Adán y Eva pecaron por soberbia de la inteligencia. Como represalia, Dios encerró en ella la mayoría de nuestros dolores y miserias. Libre de la inteligencia y de sus goces maléficos, la humanidad se verá libre de una especie de cofre lleno de serpientes. Como la muerte, negación de todo malestar y nuestro principal castigo, sólo es adversa por la imagen horrible que la idea nos refleja obstinadamente en su espejo perverso, roto el espejo, maldita entre las serpientes, perecerá la muerte y viviremos por fin con la serena confianza de los vegetales y los dioses. Mamá Blanca amaba la sana alegría y

buscaba con pasión la dicha ajena. Ante esta iniciativa de publicar sus Memorias deformadas comprenderá sin duda que deseo llevar así mi granito de arena al dichoso remate de nuestra Redención y aprobará conmovida...

Pero no. Escribiendo la frase final he visto acercarse a mi mesa la sombra de la eterna viajera. Con la seña del silencio impresa sobre una triste sonrisa ha susurrado a mi oído en tono de suave reprimenda:

—¡Chst! Basta de vanos argumentos. Hablas demasiado. ¿Por qué no aprendiste con mi piano viejo a errar sin disculparte? Mi memoria retrataba la vida, que es desaliñada, graciosa y torcida. La exhibes corregida en una forma que muy triste es asentirlo: no la favorece. Después de pecar por desobediencia y temeridad, como la mujer de Lot, me has negado varias veces por respeto humano, lo mismo que San Pedro. Podría decirte muy severamente: “Vete y no peques más”, si no fuese porque juzgo imprudente anatematizar el pecado con demasiada violencia. Proscrito del mundo, su absoluta ausencia podría dejar tras él una aridez de desierto, pues, ¿qué valdría ya la vida sin la gracia del perdón y la indulgencia?